

milias un producto mas fecundo y generoso. La Francia sigue siendo el país de las santas mujeres, de las hijas de la caridad, de las hermanas de la Providencia y de la Esperanza, de las madres del Buen Pastor; ¿y qué nombre podré crear que su virtud no haya de antemano santificado?

Mi última mirada se dirigirá hácia una iglesia de París, solitaria hace pocos años, y hoy punto de reunion de las almas de cien países, que ruegan desde lejos y de cerca por la conversion de los pecadores: me refiero á nuestra Señora de las Victorias, y termino esta breve reseña de los trabajos de Francia en el sendero del bien con un nombre demasiado célebre para ser el postrero.

Cierto es, señores, que ni se han vencido todos los obstáculos, ni están aceptadas todas nuestras conquistas, ni el error vé con ojo tranquilo nuestros perseverantes esfuerzos. La clase media que nos manda, no ha hecho aun el acto de reconciliacion plena y entera con Jesucristo y con su Iglesia. Pero la clase media no es una clase privilegiada, inabordable y encerrada en sus privilegios y en sus preocupaciones: la clase media somos nosotros. Por una estremidad llega hasta el pueblo, de donde se recluta incesantemente, y por otra, llega hasta la nobleza y el trono, cuyos escogidos miembros propenden á acercársela, á causa del inevitable atractivo de la distincion hácia todo lo que es ilustre. Esta clase, pues, es movable, y se renueva continuamente... Dios ha dicho á la clase media francesa: ¡Quieres reinar, reina! Tú sabrás lo que cuesta gobernar los hombres, y juzgarás si es posible gobernarlos sin Jesucristo. ¡Por qué se ha de pensar que la clase media permanecerá siempre como es en el día! ¿Por qué no ha de oír las repetidas lecciones de la esperiencia? Muchos de sus hijos acrecientan ya nuestras filas, y son los que en su mayor parte forman la Sociedad de San Vicente de Paul, y los que aumentan á causa de su abnegacion, las órdenes religiosas. No desesperemos de una clase que es el sosten de la sociedad moderna, y cuyo advenimiento al poder, indicado

por tantos hechos importantes, se refiere sin duda al plan general de la Providencia. Las dificultades deben reanimar nuestro celo. Se hallan muy lejos de ser de tanta gravedad como hace cincuenta años, y sin embargo, en 1795 el conde de Maistre, entreviendo el horizonte que despues se ha abierto á nuestra vista, escribia estas notables palabras: El espíritu religioso no está apagado en Francia, levantará montes y hará milagros. Justifiquemos con nuestra perseverancia una profecía que la resurreccion de nuestra Iglesia coloca ya entre los mas altos presentimientos de la imaginacion, y volvamos á llevar á Dios los corazones por medio de la caridad, así como las almas por medio de la luz. No se desanimen los que trabajan, y los que todavía no han hecho nada, pongan mano en esta gran obra. Y en este instante, señores, antes de salir de aquí, uníos al menos á todos los votos, á todos los esfuerzos, á todas las oraciones y á todos los sacrificios que desde hace cincuenta años suben hasta el cielo en favor de nuestra pátria....»

Una de las grandes cualidades que distinguen á Lacordaire de otros célebres predicadores á quienes hemos estudiado, es la facilidad de improvisar en el púlpito; don reservado á los oradores mas esclarecidos y al que debe aspirar cada cual en el límite de sus facultades y sus recursos.

Mr. Lorrain dice hablando de este punto: que Lacordaire, por una feliz combinacion de la naturaleza y el arte, estaba seguro de sí mismo para poderse entregar á la inspiracion del momento sin peligro, siendo de notar que sus mejores rasgos se encuentran precisamente en los momentos de mayor abandono y menos preparacion.

Cuando las Conferencias pudieron examinarse detenidamente, luego que estuvieron impresas es cuando se dejaron ver sus pequeños lunares: nadie, sin embargo, como Lacordaire

ha sabido conservar en sus discursos escritos los rasgos mas brillantes de sus improvisaciones: es, á la vez que un gran orador, un eminente literato; posee esas dos cualidades superiores, y de aquí el atractivo de sus obras y el fruto que de ellas puede sacar la juventud.

Entre todos los oradores, dice M. H. de Riancy, el P. Lacordaire, permítasenos esta espresion, es el mas *indescifrable*. No hay palabras para espresar su accion, su actitud, su gesto, las irresistibles vibraciones de su voz, que penetra en lo mas íntimo de los corazones; el brillo maravilloso y fascinador de su mirada, y ese increíble dominio que desde la primera palabra, desde la primera ojeada, ejerce sobre el auditorio mas rebelde y menos simpático. Como ningun otro posee el prodigioso don de hacer cundir en las almas ese estremecimiento de admiracion y de entusiasmo que se propaga con la fuerza y celeridad de la corriente eléctrica; es por excelencia el hombre á quien es preciso ver y oír. Podemos leerlo y nos llenamos de asombro y de admiracion; mas sobre todo, es menester haberlo oído. Casi me atreveré á decir, añade, que sin oírle no es posible comprenderle; cuando se le ha oído una sola vez, sus entonaciones, sus modales y su conviccion permanecen grabadas en la memoria y se despiertan siempre que pensamos en él ó leemos de nuevo sus discursos.

Citemos algunos otros trozos.

He aquí una bellissima, á la vez que una sátira punzante é inimitable, del estado de los ánimos, de las costumbres y de la opinion á fines del siglo pasado:

¿Qué hace entretanto la Iglesia? La Iglesia se debilita.

Bossuet no pronuncia nuevos oráculos; Fenelon duerme coronado de gloria; Pascal ha roto en el sepulcro su pluma geométrica; Bourdaloue no habla ya en presencia de los reyes; Massillon ha lanzado á los vendabales del siglo los últimos ecos de la elocuencia cristiana; oigo á España, á Italia, á Francia, á todo el mundo católico, y ninguna voz poderosa contesta á los lamentos de Jesucristo ultrajado. Sus enemigos acrecen de día en día y los tronos trabajan unidos en su favor.... ¿Qué decís de esto? ¿Qué decís del silencio de Dios? ¿Qué es lo que hace? ¿dónde está?... Ya el siglo ha designado el día de su caída; aguardad una hora, dos horas, tres horas.... mañana por la mañana enterrarán á Jesucristo. ¡Ah! le preparan hermosas exéquias; han dispuesto una solemne procesion: lo mismo acontecerá con otras cosas santas, se pondrán en marcha y se alejarán dos á dos, como los rios que van al Océano, para desaparecer con gran estrépito. ¿Qué decís á esto, señores? Es verdad que Dios sufría en silencio y se achicaba....

Habia quitado todo á su Iglesia, todo, excepto él; todo, excepto el triunfo del error contra el error mismo. Nunca hasta entonces dejó Dios á la mentira su desarrollo total.... esta vez la dejaba obrar hasta el último término. Aguardemos, un momento antes de concluir, y veamos cuáles eran en las costumbres los efectos del triunfo de la razon pura.

¿Qué hacia en el mundo la castidad, esta vírgen sacada del sepulcro por la doctrina católica! ¿Qué hacia? Veamos el palacio de los reyes cristianísimos: en la cámara donde habia dormido San Luis, Sardanápalo se acostaba; Stamboul habia visitado á Versailles; y se encontraba muy á su gusto; mujeres salidas de los últimos lodazales del mundo jugaban con la corona de Francia; los decendientes de los cruzados poblaban con su adulacion las deshonoradas antecámaras, y besaban de paso el elegante vestido de una cortesana, llevando del palacio á sus casas los vicios que habian introducido en él, el desprecio de las santas leyes del matrimonio y la imitacion de

las saturnales de Roma, sazonadas con una impiedad que los servidores de Neron no habian conocido. En vez del arado y de la espada, la juventud manejaba el sarcasmo contra Dios y la desvergüenza contra el hombre....

Llegó por fin el día designado. El antiguo pueblo franco se conmovió con tamaña ignominia, estendió su derecha, sacudió esta sociedad caída en la apostasia de la virtud, y la arrojó de un golpe á tierra, con pueril asombro de todos esos reyes que lisonjeaban la razon pura. El cadalso sucedió al trono, segando con indiferencia todo lo que se le presentaba; reyes, reinas, ancianos, niños, doncellas, sacerdotes, filósofos, inocentes y culpables todos se vieron envueltos en la solidaridad de su siglo y en su triunfo sobre Jesucristo. Una última escena terminó las represalias de Dios. La razon pura quiso celebrar sus bodas, porque sobre el cadalso únicamente habia celebrado sus esponsales; quiso ir mas lejos y llegar hasta el fin. Las puertas de esta metrópoli se abrieron por sus omnipotentes órdenes; una inmensa muchedumbre inundó el átrio, trayendo para colocar en el altar mayor, la divinidad que durante sesenta años le tenian destinada. ¿Diré yo su nombre? La antigüedad tuvo imágenes que esponian la depravacion al culto de los pueblos; mas aquí era la realidad, el mármol que respiraba en una carne pública. Yo me callo, señores, dejo á este gran pueblo adorar la última divinidad del mundo y celebrar sin misterios las bodas de la razon pura.»

La elocuencia de Lacordaire fué una elocuencia nueva en la cátedra sagrada; no en su fondo, sino en la forma: palabra inflamada al calor del espíritu moderno, siempre oportuna, profunda y levantada.

Nosotros quisiéramos poder trasladar á este libro muchos de sus discursos, y cuando no los pasajes principales de sus conferencias sobre la *Vida íntima de Jesucristo*: son, en nuestro humilde juicio, las mas dignas de ser conocidas y estudia-

das por la juventud, mas hoy que antes, cuando un hombre se ha atrevido á ultrajar sacrilego la figura sublime, la gran figura del Redentor.

Lacordaire pasó los últimos días de su vida en un seminario (Soréze): la juventud recogió sus postreras lecciones; á la juventud consagró Lacordaire todas las fuerzas de su privilegiada inteligencia, todos los tesoros de su genio, las expansiones mas tiernas y amorosas de su corazón.

Desde aquel retiro voluntario, Lacordaire envió al autor de este libro un elocuentísimo testimonio de sus bondades. Cuando meditábamos la confeccion de esta obra pedimos consejos á hombres eminentes; pocos, poquísimos se dignaron concedérnoslos: entre ellos, debemos decirlo, figura en primera línea el P. Lacordaire. Fueron contadas sus palabras, pero de inestimable valor para nosotros por nuestra insignificancia y merecimientos.

El orador ilustre de la Francia contemporánea, el literato, el sábio, el virtuoso sacerdote, se dignó concedernos un momento; y hoy, al trazar estas líneas, cuando la imagen de su venerable fisonomía nos revela muda la actitud de la muerte (1), enviamos llenos de sincera gratitud la humilde ofrenda de nuestro reconocimiento al que no puede oír nuestras alabanzas ni estimar por adulacion nuestro recuerdo.

De las obras de Lacordaire se han hecho innumerables ediciones; en España no se han traducido aun, y solo es dable conocerlas por fragmentos, tan incompletos, como los que, atendidas las condiciones de este libro, hemos podido transcribir.

(1) Aludimos á la fotografia de M. Provost.

Nosotros creemos que se haria un gran servicio á nuestra bibliografía publicando una coleccion esmeradamente traducida de las producciones del P. Lacordaire, y en ellas aprenderia no poco la juventud. Tienen entre nosotros menos nombre ciertas notabilidades extranjeras, porque no se las conoce, ó lo que es peor, se las juzga bajo un prisma apasionado; algo de esto acontece con el orador que nos ocupa, pero qué mucho que esto suceda con oradores, literatos y publicistas estraños, cuando el mérito de los propios nos es las mas veces desconocido, y nos atrevemos á decir de ellos sin haber, no ya profundizado, sino leido ligeramente sus trabajos.

Si los que se permiten calificar con cierta prevencion al P. Lacordaire leyeran sus obras, conocieran el resultado de sus conferencias, el bien que produjeron sus escritos en una época crítica para la Francia, no se atreverian á empañar por un solo momento todo el brillo de su gloria, gloria legítima que aumentará mas cada dia y que nosotros con estas líneas deseáramos cimentar sólidamente en nuestra pátria. No somos egoistas; hemos elogiado con imparcialidad á propios y á estraños, porque las glorias alcanzadas por medio de la palabra cristiana pertenecen mas al cristianismo que á una nacion ó á un pueblo determinado.

Lacordaire dejó como legado precioso é inestimable de afecto al A. Perreyne todos sus trabajos, quien los ha publicado despues con una interesantísima descripción de sus últimos momentos.

Lacordaire murió el dia 21 de Noviembre del año 1861.

Ravignan.

Julio Adriano Delecroix de Ravignan nació en Bayona: se consagró á la carrera del foro, y á la edad de 25 años obtuvo por sus merecimientos el titulo de consejero auditor.

La piedad de su madre fué formando su corazon; y en medio de los negocios no abandonó jamás las practicas religiosas que le fueron enseñadas en su niñez. Ravignan, que poseia una fé viva y sólidamente cimentada, adelantaba tanto en la ciencia como en la carrera de la virtud; y cuando le sonreia la fortuna y todo le lisonjeaba en el mundo, abandonó su destino de procurador general del rey en el tribunal del Sena, entró en el seminario, y mas tarde en la milicia ilustre de la Compañía de Jesus.

El estudio de la teología acabó de predisponer á Ravignan para el ministerio augusto de enseñar la verdad. Conociendo el mundo, habiendo sondeado en el ejercicio de su profesion los misteriosos arcanos del alma, Ravignan subió al púlpito de Nuestra Señora el año 1837, eligiendo por tema de su primera Conferencia la *Situacion moral de su época*, asunto digno y que llamó en extremo la atención pública.

Despues de su primer discurso, Ravignan obtuvo grandes triunfos: sus palabras se dirigian principalmente á los descreidos, á los escépticos de que la Francia estaba materialmente llena por efecto de las lecturas de los filosofos del siglo XVIII. Ravignan era oido con religioso silencio, sus razonamientos se dirigian principalmente á los corazones indiferentes, y conseguia siempre, no solo conmoverlos, sino ilustrarlos.

El P. Ravignan era de mediana estatura, de fisonomía grave y tranquila, de voz fuerte y armoniosa: su estilo conciso y reposado recordaba al hombre del foro. No había en él, dice uno de sus admiradores, nada de esa irregularidad, de esa extrañeza ni de ese descuido que descubren la inspiración del momento. Diceion pura, sábia colocacion, esquisito gusto, elegancia continúa, plenitud de estilo, espresion propia, escogida y nerviosa, lógico encadenamiento, ideas justas y probadas, tal es lo que caracteriza el talento de este célebre orador, digno por muchos motivos de recoger la hermosa herencia que le legó M. Frayssinous, diciendo: El P. Ravignan debe reemplazarme en la obra de las *Conferencias*.

En las nueve cuaresmas que predicó en la catedral desde 1837, el P. Ravignan combatió por medio de la filosofía de la historia las tendencias racionalistas de nuestros dias: descubrió los muchos plagios de los sectarios contemporáneos, cuyos errores fueron anteriormente anatematizados por los concilios, lo cual desconocian muchos, ignorando la serie de ideas filosóficas emitidas en Alemania y en Francia, señaladamente desde Lutero hasta Lamennais, Pedro Leroux y Carlos Fourier. Sus irresistibles argumentos encerraban en un círculo de hierro á los adversarios del catolicismo, y por su ciencia tenía la ventaja de luchar con ellos y vencerlos en su propio terreno. Cuando el infatigable apóstol había logrado despejar su camino de todos los errores y de todos los viejos y eternos sofismas del entendimiento humano, se elevaba á la altura de la revelacion evangélica, la hacía brillar sobre el mundo pasado y sobre la edad presente, imponiéndola como razon suprema é inefable de Dios, para guiar el género humano por en medio de las tempestades y de los escombros de los siglos.

He aquí algunos pasajes de los trabajos oratorios de Ravignan: en su *Conferencia* sobre la *Inmortalidad* leemos:

«Cuando se ha comprendido bien en sí misma la necesidad y la tendencia del alma, se vé que su destino supremo, confiado á los esfuerzos de su libertad, no puede ser otro que la posesion misma del infinito; esta es la gran verdad, mas allá de la cual no hay verdad que conocer; este el gran bien, mas allá del cual no hay otro bien que amar.

Este fin del hombre no se satisface ni se ha satisfecho nunca en este mundo. ¿Dónde está sino el hombre que pueda decir sériamente que ha encontrado toda la verdad y toda la dicha? hay pues forzosamente otra vida, porque hemos sido criados para alcanzar nuestro fin y el complemento de todas nuestras facultades y de nuestro ser en la posesion entera é inaccesible de la verdad y del bien.

Por otra parte, señores, ¿cuál sería la sancion actual del admirable poder dado al hombre? porque absolutamente es precisa esa sancion. ¿La encontraremos en lo que se ha convenido llamar bienes y males de la vida? ¡Ah, nó! estos bienes jamás llenan los deseos del corazón, en el fondo del cual hay siempre un gran vacío. Además, ¿se otorgan todos estos bienes á la virtud y se niegan todos al vicio? ¿Pesán todas las calamidades sobre el vicio, y son extrañas á la virtud? Ciertamente que nó. Muchas veces sucede todo lo contrario. Luego si toda justicia no se ha hecho todavía, es forzoso convenir en que la sancion de la libertad existe fuera de aquí, existe en otra parte.

Cierto es que el Estado castiga y otorga recompensas. Nosotros proclamamos la necesidad de sus leyes; pero estas no castigan á todos los culpables, ni alcanzan á las costumbres privadas, ni penetran hasta la libertad interior de la conciencia del hombre, santuario cerrado á los legisladores de la tierra. Sí, el Estado castiga y debe castigar: de este modo proclama en voz alta que el poder divino, antes que todos los

demás, debe tener sus leyes, su justicia y sus penas; y que estas no se realizan completamente sino en la otra vida. ¡Desgraciada, no obstante, la sociedad que hubiera llegado á no tener otro apoyo del orden, otra represion ni otro principio de ley moral que sus leyes penales y su fuerza armadal ¡Desgraciado país aquel en que la conciencia desapareciese por completo!

Otro género de testimonio involuntario y forzoso se nos presenta en favor de la inmortalidad en donde menos debíamos esperarlo, en el suicida. El insensato, perseguido por la sed de una dicha que se le escapa, no quiere aguardar, combatir y vencer para merecer la corona y el descanso. Por debilidad y flaqueza usurpa el derecho de darse la muerte, que jamás le pertenece. Consumado su crimen, escapa á la pena temporal; sin embargo, la pena debe seguir lógicamente al crimen, y de aquí que en otra parte deba encontrar su castigo. El suicida, pues, prueba también, á su manera, la sancion inmortal.

¿Creeríamos hallar la sancion que buscamos en la paz de la virtud y en el remordimiento del crimen? La paz de la virtud, si bien es cierta y positiva, no por eso deja de ser las mas veces amarga y aflictiva. Con frecuencia, la paz de la virtud es la paciencia en medio de grandes dolores, y la constancia en medio de terribles pruebas. La virtud, además, es el medio y no el fin, el movimiento y no el reposo; es también el trabajo de la conquista, y no la posesion lograda; luego esta no es la sancion que apetecemos, toda vez que necesita otra sancion, la sancion misma de la virtud. En cuanto á los remordimientos, no son obras del impío; siempre los hubieran ahogado antes de nacer si fuesen obra suya; los remordimientos son la voz de Dios que turba y amenaza.

El alma es libre, es inmortal, y todo se explica; su condicion presente es el combate, y la eternidad vale bien este precio.

Buscad todo lo que querais, examinad con cuidado todo el orden providencial, el gobierno de las cosas divinas y humanas, y vereis que la libertad que se nos ha concedido, necesita una sancion, ó Dios no existe.

Señores, es preciso que algun dia sean vengados y restablecidos el honor de Dios, su santidad y su justicia, es menester, en fin, que el orden suceda alguna vez al desorden, la virtud recompensada, y el mal castigado, ó Dios no existe.

Yo no veo ante mis ojos mas que un vasto y dilatado cuadro de injusticias y desórdenes. No veo mas que mudanzas y continuos trastornos que se precipitan y se chocan como las olas del mar. Oigo continuamente la mas estraña confusion en orden al lenguaje y á las ideas, el mal se apellida bien y el bien se considera un mal. ¿Qué es esto, cristianos?...

El imperio de la mentira constituido, las verdades en corto número, oscurecidas y postergadas; el egoismo y los intereses materiales absorbiendo por sí solos la libre energia del alma, y las fuerzas superiores y morales en cautiverio bajo el yugo de la molicie y de la cobardía. En mil parajes, de mil maneras, la religion desnaturalizada, calumniada y arrojada al viento como miserable polvo. Las costumbres puras, tan raras como las flores en los climas helados; el vicio descaradamente dichoso, el escándalo triunfante, los malvados disfrazados de personas de honor, y esta vida de sacrificios, de privaciones y de padecimientos reservada en toda su desnudez para la virtud. La gran mayoría del género humano, condenada por las necesidades mismas del estado social á arrastrar una penosa existencia bajo el peso de la miseria y del trabajo, y esas tumultuosas olas de errores y pasiones que se agitan, se chocan y conmueven haciendo vacilar á cada instante los fundamentos del orden y de la estabilidad humana. Esta es la vida.

Al ver tan triste espectáculo mi fé se despierta, y lejos de vacilar como en otro tiempo la del filósofo pagano, esclamo: Nó, nó, todo no concluye, no puede concluir ni terminar con la vida.